Estudios Geográficos
Vol. LXXVII, 281, pp. 595-617
Julio-diciembre 2016
ISSN: 0014-1496
eISSN: 1988-8546
doi: 10.3989/estgeogr.201620

El lugar del paisaje y su valoración en la geografía española moderna: de Rafael Torres Campos a Manuel de Terán*

The place of the landscape and its assessment in the modern Spanish geography: from Rafael Torres Campos to Manuel de Terán

Nicolás Ortega Cantero[1]

Resumen

Este artículo está dedicado a estudiar la trayectoria seguida en España por el paisajismo geográfico moderno fundado por Humboldt. Se consideran sucesivamente la entrada en España de ese paisajismo, a través de la obra de Francisco Giner, y su posterior desarrollo en la obra de geógrafos y naturalistas directamente conectados con la doble tradición paisajística humboldtiana y gineriana, hasta llegar a la visión del paisaje de Manuel de Terán, que constituye el eslabón final de esa trayectoria.

Palabras clave: paisaje; valoración geográfica del paisaje; geografía española moderna; Rafael Torres Campos; Manuel de Terán.

Abstract

This article is devoted to studying the trajectory in Spain by modern geographical view of landscape founded by Humboldt. They have been considered the entry into Spain of that view, through the work of Francisco Giner, and its further development

* Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación "La valoración patrimonial e identitaria del paisaje en España (1875-2010): claves geográficas, culturales y políticas", CSO2012-38425, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

[1] Catedrático de Geografía Humana, Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Madrid, nicolas.ortega@uam.es.

Copyright: © 2016 CSIC. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución *Creative Commons Attribution* (CC-by) España 3.0.

in the work of geographers and naturalist directly connected to the double tradition about the landscape bound to Humboldt and Giner, up to the assessment of the landscape by Manuel de Terán, which is the final link of that trajectory.

KEY WORDS: landscape; geographical assessment of the landscape; modern Spanish geography; Rafael Torres Campos; Manuel de Terán.

El paisajismo geográfico moderno, iniciado a principios del siglo XIX por Alexander von Humboldt, se introdujo en España, a partir de los años ochenta de ese mismo siglo, a través de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. El artículo de Giner titulado "Paisaje", publicado por vez primera en 1886, fue una especie de manifiesto fundacional del paisajismo moderno en España, en el que se incorporó la perspectiva geográfica propuesta inicialmente por Humboldt. Los puntos de vista ofrecidos por Giner en ese artículo abrieron la puerta en España a un paisajismo moderno de ascendencia humboldtiana, superador de las imágenes del paisaje español de índole casi exclusivamente estética ofrecidas antes por algunos viajeros románticos, e influyeron en buena medida no solo en el horizonte de la Institución Libre de Enseñanza, sino también y a la vez en quienes se interesaron entonces y después por caracterizar y entender el paisaje de España, tanto en términos culturales, artísticos, como en términos científicos, incluyendo, desde luego, a los geógrafos coetáneos y posteriores.

LOS ANTECEDENTES

Para entender las razones de la importancia del paisajismo gineriano, conviene considerar sus antecedentes más destacados, con objeto de definir las coordenadas, los fundamentos y las novedades de esa aportación. Hay que tener en cuenta, en primer lugar, los antecedentes generales, que se refieren a la conformación del paisajismo moderno, asociado al horizonte romántico. Ese paisajismo tuvo, desde sus comienzos, dos vertientes, diferentes pero relacionadas entre sí: la artística, de la que formaron parte escritores como Rousseau o Saint-Pierre y pintores como Friedrich, Turner o Constable, y la científica, representada por naturalistas como Saussure o Ramond. Los autores de ambas orientaciones compartieron la idea de que, para entender cabalmente el paisaje, con sus rasgos visibles y sus cualidades invisibles, había que aunar ciencia y arte, razón y sentimiento.

Pero la presencia de ambas miradas fue distinta entre los artistas (para quienes lo fundamental era la dimensión estética y sentimental, quedando la

parte científica reducida a un segundo plano) y los naturalistas (que invirtieron esa relación en beneficio de la dimensión científica). Y en ese panorama dual surgió el paisajismo geográfico de Humboldt, que propuso una relación equilibrada entre la visión artística y la científica a la hora de entender y valorar el paisaje. Era una postura sin duda original, que señaló un rumbo innovador al paisajismo moderno, y que caracterizó los acercamientos al paisaje protagonizados después por diferentes geógrafos (Ortega Cantero, 2010: 374-380). Éste fue un antecedente importante, que influyó en muy variados ámbitos científicos y culturales del mundo occidental, entre los que se contó, en España, el círculo de Giner y la Institución Libre de Enseñanza.

A ese antecedente general hay que añadir otros más concretos, que se refieren al modo como había sido visto el paisaje de España con anterioridad al escrito fundacional de Giner. Hay que mencionar, en primer lugar, las imágenes debidas a los viajeros románticos, escritores y pintores, que recorrieron el país a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Fue la suya una visión sobre todo estética, que rompió con las percepciones convencionales anteriores y abrió la puerta a la modernidad paisajística. Descubrieron, con ojos modernos, el paisaje de España, y ese descubrimiento estuvo sin duda presente en el posterior paisajismo de Giner, que prolongó, amplió y ahondó ese descubrimiento.

Otro antecedente que hay que señalar es la visión del paisaje de Canarias –valle de La Orotava y pico del Teide– ofrecida por el propio Humboldt en las páginas iniciales del relato de su *Viaje* americano, temprano y acabado ejemplo de la aplicación a España de los renovados modos de ver y valorar el paisaje, con criterio geográfico, promovidos por su autor. Fue el primer ejemplo de la proyección española de ese tipo de paisajismo geográfico moderno, y fue sin duda conocido en los círculos intelectuales españoles interesados por los temas geográficos y paisajísticos, entre los que se contaba el de Giner y la Institución Libre de Enseñanza.

Hay que preguntarse además, para completar el panorama de los antecedentes, si, con anterioridad al escrito de Giner de 1886, habían penetrado en España, y, en caso afirmativo, de qué modo, los planteamientos del paisajismo geográfico moderno de raíz humboldtiana. Los geógrafos españoles anteriores al comienzo de la Restauración y de los primeros años de ésta, entre los que ocupó un lugar destacado Manuel María del Valle y Cárdenas, mantuvieron planteamientos próximos a la geografía histórica y a la que solía denominarse geografía económica, y se ocuparon sobre todo, y a veces exclusivamente, de considerar, como objeto definitorio de la perspectiva geográfica, las relaciones entre el hombre y la tierra. Se situaron así en una línea que podía mostrar algunas conexiones con los puntos de vista de Ritter (y, más tarde, con los de

Ratzel), pero que mostró un grado de modernización reducido y un interés escaso, cuando no nulo, por las perspectivas paisajísticas inauguradas por Humboldt. Mientras la geografía dedicada a estudiar aspectos humanos, con sus dimensiones históricas y económicas, se mantenía alejada de las perspectivas más renovadoras y de su vertiente paisajística, los naturalistas, atentos sobre todo a las propuestas de la geografía física, se mostraron mucho más inclinados hacia esos planteamientos geográficos modernos.

Esto no quiere decir que estos naturalistas adoptasen una postura paisajística enteramente humboldtiana en sus escritos, pero sí puede afirmarse que mostraron, en relación con la práctica excursionista y la observación directa que cimentaron todas sus investigaciones, una notable familiaridad con el paisaje, por más que sus descripciones y valoraciones se inclinasen preferentemente hacia la mirada científica y explicativa, aunque sin ignorar, como no las ignoraron Saussure o Ramond, la dimensión estética y comprensiva de la experiencia paisajística. Todo esto es patente en los escritos de los autores que conformaron la primera generación de la geología española moderna: José Macpherson (1839-1902), Salvador Calderón (1851-1911) y Francisco Quiroga (1853-1894), profesores los tres de la Institución Libre de Enseñanza. Sus consideraciones paisajísticas se acercan bastante a las que cabe encontrar, con similar intención y sentido, en los textos de Saussure o Ramond.

Macpherson, que cita a Humboldt en sus escritos, ofrece adjetivaciones del paisaje y de algunos de sus componentes geológicos muy similares a las que poco después utilizará Giner en su escrito paisajístico de 1886 (Macpherson, 1880: 490; 1883: 345-347 y 372). Y también en Quiroga podemos encontrar valoraciones elocuentes en ese mismo sentido, del tipo de las que ofrece, por ejemplo, al hablar, a propósito de una de sus excursiones a Robledo de Chavela, del «bellísimo paisaje» que puede verse desde las proximidades de la estación, «constituido en el fondo por el valle del Cófio, que ensancha hacia Robledo, y en ambas laderas por un cúmulo de picos y montes de tonos azulados, envueltos en neblina y con frecuencia en girones de nubes» (Quiroga, 1893: 39 y 42).

Las diferentes actitudes respecto del paisaje de los geógrafos y los naturalistas españoles se relacionan con el hecho de que el paisajismo geográfico moderno se apoyó, a lo largo del siglo XIX (y hasta más adelante, en algunos casos), en una concepción manifiestamente naturalista de la geografía, y el paisaje se entendió siempre como paisaje natural, aunque sin excluir al hombre. Y ese planteamiento estaba mucho más cerca de los naturalistas que de los geógrafos dedicados a asuntos humanos, históricos y económicos, que en ocasiones incluso vieron con indisimulado recelo las pretensiones de los en-

foques más naturalistas en el seno de su disciplina académica. No es extraño, por tanto, que fuesen los naturalistas, los geólogos de entonces, los que adoptaron y cultivaron más claramente los puntos de vista del paisajismo moderno y de su variedad humboldtiana. Y estos naturalistas influyeron directamente en Giner, a quien enseñaron a conocer y valorar la dimensión natural del paisaje.

La visión gineriana del paisaje

Los antecedentes mencionados deben ser tenidos en cuenta a la hora de valorar el significado de la visión paisajística de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), ya que, de un modo u otro, todos ellos influyeron directamente en la conformación de esa perspectiva. Giner introdujo en España el horizonte del paisajismo geográfico moderno de ascendencia humboldtiana, y hubo razones que ayudan a entender su inclinación hacia ese modo de entender el paisaje. Hay que recordar, en primer lugar, su rechazo de las actitudes culturales y artísticas románticas, que considera aberraciones del espíritu moderno (López-Morillas, 1988: 90), siempre dadas al pintoresquismo sentimental y carentes de rigor intelectual, lo que le ayudó sin duda a buscar, a la hora de acercarse al paisaje español, puntos de vista que, como los propuestos por Humboldt, pudiesen superar el escueto esteticismo de las imágenes ofrecidas antes por el romanticismo de los viajeros de la primera mitad del siglo XIX, aunque sin ignorar por ello las claves (originalmente románticas) del paisajismo moderno. Giner aceptó esas claves, que formaban parte de los cimientos mismos de toda la modernidad paisajística, y encontró en la propuesta de Humboldt un modo de vertebrar una visión del paisaje capaz de superar la mirada predominantemente estética de los viajeros románticos mediante la incorporación de otras miradas científicas inicialmente protagonizadas sobre todo por los naturalistas.

Giner conocía la obra de Humboldt, a quien citó en más de una ocasión, y también la de Élisée Reclus, cuyo capítulo dedicado a España en el primer volumen de su *Nouvelle Géographie Universelle*, de 1876, no sólo ofreció interpretaciones geográficas solventes que influyeron en los naturalistas españoles de la época, sino que aportó además una valoración del paisaje de España que prolongó y amplió la perspectiva fundada por Humboldt, aunando la mirada estética, comprensiva, y la mirada científica, explicativa, distanciándose así de las imágenes de los viajeros románticos. Esa visión entrañó algunas innovaciones importantes respecto del anterior momento romántico, entre las que se

contó la valoración del paisaje de Castilla, antes menospreciado y ahora elogiado por Reclus, apoyándose en criterios abiertos a la consideración científica y a la valoración geográfica (Ortega Cantero y García Álvarez, 2006: 41-46).

Esta visión del paisaje castellano, acabado ejemplo de la renovación geográfica del paisajismo moderno en España, fue un precedente de la que de ese mismo paisaje ofreció Giner poco después. Y a ello hay que añadir, por último, la directa influencia de los naturalistas mencionados, que fueron además, como se señaló antes, profesores de la Institución Libre de Enseñanza. Macpherson, amigo personal de Giner, quien le conoció durante su destierro en Cádiz en 1875, desempeñó en este sentido un papel particularmente importante, ya que le introdujo en el conocimiento científico de la naturaleza y el paisaje.

Todo ello llevó a Giner a adoptar una visión del paisaje que incorporó el punto de vista geográfico de Humboldt. Atendió a la dimensión científica del paisaje, apoyándose en los puntos de vista de los naturalistas de su tiempo, y le añadió la dimensión cultural, que se tradujo en la atribución de valores, cualidades y significados de variada índole (intelectuales, estéticos, morales, identitarios). De ese modo vertebró Giner su valoración del paisaje de España, en la que Castilla y, dentro de ella, la Sierra de Guadarrama ocuparon un lugar destacado.

He hablado en otras ocasiones con cierto detenimiento de la caracterización de la visión paisajística de Giner, ejemplarmente expresada en su artículo de 1886, por lo que no me detendré aquí en ello. Sí conviene recordar, sin embargo, que esa visión respondía con bastante fidelidad al horizonte del paisajismo geográfico de cuño humboldtiano, e incorporaba, por tanto, sus rasgos principales: voluntad de aunar la mirada explicativa y la comprensiva, compatible en la perspectiva gineriana con su marcado acento cultural; reconocimiento de la dimensión subjetiva de la experiencia paisajística; concepción del paisaje como paisaje natural, es decir, organizado por factores naturales, sin excluir la presencia del hombre; y, por último, estrecha correspondencia entre las características y cualidades del paisaje y las de sus habitantes.

El paisajismo geográfico moderno entró así en España a través de Francisco Giner, siguiendo por tanto un camino cultural, no estrictamente geográfico. Se produjo así una original convergencia de la perspectiva geográfica y el horizonte cultural, de la geografía y la cultura, que será desde entonces una de las notas características de toda una tradición del paisajismo expresamente geográfico español que comenzará con Rafael Torres Campos y llegará hasta Manuel de Terán y sus discípulos. Porque la valoración gineriana del paisaje

de España influyó en todo el paisajismo posterior, y esa influencia contribuyó sin duda a alimentar la original conexión entre lo geográfico y lo cultural que se produjo en su seno.

La aportación paisajística de Rafael Torres Campos

El primer geógrafo español que adoptó los puntos de vista del paisajismo moderno, teniendo en cuenta al tiempo el legado de Humboldt y Reclus y la perspectiva de Giner, fue Rafael Torres Campos (1853-1904). De la misma generación que los naturalistas Salvador Calderón y Francisco Quiroga, se licenció en Derecho en 1873 e ingresó ese mismo año en el Cuerpo de Administración Militar, a cuya Academia fue destinado como profesor de Geografía, y allí comenzó su interés por ese campo del conocimiento, al que dedicó desde entonces buena parte de su actividad intelectual y educativa. Casi diez años después, en diciembre de 1882, ganó por oposición una plaza de profesor de la Escuela Normal Central de Maestras, con destino a la sección de Letras. Fue además profesor en las Escuelas de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer y en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid, participó activamente en las sociedades geográficas de su tiempo, y fue, desde 1898, académico de número de la Real Academia de la Historia. Pero lo más importante respecto de lo que aquí nos interesa considerar fue sin duda su estrecha y dilatada conexión con la Institución Libre de Enseñanza.

Durante los dos primeros años de la Institución, siguió como alumno algunas de sus enseñanzas, y fue después, además de vicesecretario y luego secretario de su Junta facultativa, profesor de Geografía y su primer director de excursiones durante cuatro años, entre 1881-82 y 1884-85. Su labor en la Institución se centró principalmente en la modernización de la enseñanza de la geografía, con resultados verdaderamente notables, pero su dedicación geográfica fue más allá y se tradujo en un conjunto de escritos sobre asuntos variados, en algunos de los cuales se plasmó precisamente su orientación paisajística, directamente relacionada con su pertenencia al círculo gineriano e institucionista.

En la perspectiva geográfica de Torres Campos cabe distinguir dos vertientes diferentes, que remiten a las dos tradiciones principales de la primera geografía moderna: la territorial, promovida por Ritter, y la paisajística, fundada por Humboldt. Ambas tradiciones aparecen en la obra geográfica de Torres Campos, que en ese sentido recuerda la aportación de Reclus, igualmente abarcadora de los dos legados. El propio Torres Campos reconoció su deuda

simultánea con esos dos primeros geógrafos modernos, a la que se añadió la contraída con autores posteriores como Vidal de la Blache y Ratzel (Torres Campos, 1904: 25).

Su vertiente más territorial, directamente conectada con la trayectoria marcada por Ritter, Reclus y Ratzel, y asociada a la idea de que la geografía debía ocuparse ante todo de las relaciones entre la tierra y el hombre, acerca sus estudios geográficos a la trayectoria de la geografía humana, a menudo identificada con la geografía histórica y la denominada geografía económica, y en ocasiones hasta con la geografía militar, que estaban desarrollando otros geógrafos españoles coetáneos, como Manuel María del Valle, José Gómez de Arteche o Federico de Botella, cuyas obras elogió en diversas ocasiones (Torres Campos, 1893: 295).

Pero en la obra geográfica de Torres Campos se halla también muy presente la vertiente paisajística, directamente conectada con la perspectiva de Humboldt, luego prolongada por Reclus, cuya obra conocía y estimaba también en alto grado (Torres Campos, 1893: 297 y 331), y directamente conectada igualmente con los puntos de vista de Giner. Su orientación paisajística no es independiente de su pertenencia al círculo gineriano e institucionista: en su modo de ver y valorar el paisaje, como en su manera de entender las excursiones escolares, cuya introducción y desarrollo en la Institución dependieron de él en gran medida, late con claridad la tradición geográfica moderna, pero también está presente el horizonte definido por Giner en su artículo de 1886. No está de más recordar que sus escritos más paisajísticos, asociados en ocasiones al relato de su práctica excursionista, son posteriores a ese artículo de Giner.

Torres Campos fue el primer geógrafo español inscrito en la tradición del paisajismo geográfico moderno fundado por Humboldt. Inició así en España un modo geográfico de ver el paisaje culturalmente reforzado mediante la incorporación de la perspectiva de Giner, que aparece en algunos de sus trabajos de índole más territorial y se muestra con toda su envergadura en sus escritos de índole viajera: en sus "Recuerdos de la montaña", sobre San Vicente de la Barquera, y en las "Notas de excursiones", dedicadas a sus experiencias pirenaicas.

En el primero, la visión del paisaje constituye un ingrediente significativo a lo largo del texto, desde la caracterización inicial de San Vicente, con su núcleo antiguo en lo alto del «promontorio numulítico resistente» situado entre las «dos profundas y pintorescas rías» de ambos lados de la villa, hasta la descripción del sitio de la ermita de la Virgen de la Barquera, en «un paisaje incomparable», con «el soberbio fondo de los Picos de Europa» (Torres Campos, 1895a: 418 y 428). Y son aún más expresivas en este sentido las notas de

sus excursiones pirenaicas, que traducen con especial claridad su visión del paisaje y su capacidad para aunar, al modo de Humboldt y sin perder de vista la perspectiva de Giner, las dimensiones explicativas y comprensivas, sin olvidar el componente subjetivo de la experiencia. Su elogio del sitio en el que está emplazado el balneario de Panticosa, que algunos consideran árido o ingrato, es muy indicativo del valor que concede, en sintonía con todo el paisajismo moderno, a la montaña: «yo conozco pocos que puedan parecer más espléndidos a los que tienen un espíritu bastante cultivado para saborear la belleza de las montañas» (Torres Campos, 1895b: 463-465). Y su relato contiene descripciones tan elocuentes como la que sigue, a propósito de una de sus «excursiones a las alturas», que sintetiza en buena medida su perspectiva paisajística:

> La ascensión á uno de los dientes de los Batanes trepando por un terreno descompuesto, que con gran facilidad cae en pedazos, proporciona grandioso espectáculo. […] Los picos cubiertos de nieve forman torrentes siempre de espuma, que saltan de escalón en escalón de la roca hasta precipitarse en el fondo. El ruido sordo de la caída aumenta la solemnidad de aquel severísimo paisaje, y algunos pinos secos y destrozados le añaden una nota triste y romántica. La ruina de los árboles es demostración elocuente de la violencia de la lucha que mantienen las fuerzas naturales en las alturas y de las grandes alternativas en la climatología y condiciones del medio ambiente, que han permitido que se desarrollen allí como en pocas partes de la región –aquellos pinos son tal vez los mayores que en los alrededores de Panticosa he visto– para perecer quemados por el frío. Para dominar la soberbia hondonada hay que apartarse del lecho del río y trepar por un plano inclinado de roca pelada y perfectamente lisa, que bruñó probablemente al deslizarse sobre ella el hielo. (Torres Campos, 1895b: 467-468).

Naturalistas y geógrafos ante el paisaje

Durante el primer tercio del siglo XX, tras las aportaciones de Torres Campos, se entra en otro momento del paisajismo geográfico en España. Los geógrafos preferentemente «humanos», continuadores de las perspectivas anteriormente conformadas en ese mismo terreno, y dedicados a la enseñanza en los centros de Magisterio y, con mucha menor presencia, en las Facultades universitarias de Filosofía y Letras, siguieron sin mostrar interés por la tradición del paisajismo geográfico moderno. Estuvieron muy interesados en la enseñanza de la geografía y su modernización, y se mantuvieron fieles a una concepción geográfica de ascendencia ritteriana y ratzeliana, actualizada en ocasiones con algunos de los planteamientos de índole regional de la escuela

francesa, principalmente dirigida hacia el estudio de las relaciones entre la tierra y el hombre.

Ricardo Beltrán y Rózpide, uno de los más destacados geógrafos de este grupo, que fue catedrático de Geografía en la Escuela Superior del Magisterio desde su fundación, en 1909, ofrece un acabado ejemplo de esa orientación. Y los responsables de la asignatura geográfica incluida en la sección de Historia de algunas Facultades de Filosofía y Letras –la «Geografía Política y Descriptiva»–, con una formación que tenía en ocasiones poco o nada que ver con la geografía, no se mostraron más interesados por el horizonte del paisajismo geográfico moderno que los geógrafos «humanos» de los centros de Magisterio. Ni Eloy Bullón, catedrático de esa asignatura en la Universidad Central, ni Amando Melón, que lo fue en esos años en la de Valladolid, por ejemplo, mostraron interés por ese horizonte. Su dedicación geográfica, inclinada hacia aspectos de índole histórica o educativa, no se acercó en ningún momento a la tradición del paisajismo geográfico moderno, que contaba ya en España, tras la propuesta de Giner, con la notable aportación de Rafael Torres Campos.

Pero ese paisajismo geográfico encontró otros cauces de desarrollo en el primer tercio del siglo XX. Algunos de esos cauces se situaron en diversos terrenos culturales, en los que las ideas paisajísticas de ascendencia geográfica, en cuya recepción desempeñó un papel casi siempre importante la influencia de Giner, se abrieron camino y caracterizaron en no pequeña medida sus percepciones y valoraciones del paisaje. Es lo que sucedió, por ejemplo, en la obra paisajística de los escritores y pintores de la generación del 98, o, después, en la de Ortega y Gasset (Martínez de Pisón, 2012), en el mundo del excursionismo y el alpinismo (Ortega Cantero, 2014b), y en el terreno de la primera política turística española, en especial durante la etapa de la Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, entre 1911 y 1928, presidida por el Marqués de la Vega-Inclán (Ortega Cantero, 2014a).

En el terreno estrictamente científico, quienes adoptaron y prolongaron en esos años la perspectiva del paisajismo geográfico moderno fueron los geólogos y geógrafos vinculados al Museo Nacional de Ciencias Naturales y, en particular, a su sección de Geología. El Museo de Ciencias Naturales formaba parte de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en 1907 y directamente inspirada en el ideario de la Institución Libre de Enseñanza. La Junta y sus organismos, entre los que se contaba el Museo, se movieron en el horizonte intelectual y científico promovido, desde algunos años antes, por Giner y la Institución. Y a esa circunstancia se sumó, en el caso de los naturalistas, las conexiones personales que algunos de ellos tuvieron con Giner y sus más directos colaboradores.

Y a ello hay que añadir otro hecho significativo. Los principales investigadores de esa sección del Museo –Hernández-Pacheco, Fernández Navarro, Dantín Cereceda, Carandell– se movieron inicialmente en el terreno de la geología, pero siempre mostraron un interés simultáneo por la geografía física y, más concretamente, por la geomorfología. Prolongando en este sentido las actitudes de sus predecesores –Macpherson, Calderón, Quiroga–, se mostraron muy interesados por la tradición geográfica física iniciada por Humboldt y prolongada después por destacados geógrafos, entre los que se contaron dos que ejercieron una influencia muy notable en ellos: William Morris Davis y Emmanuel de Martonne. Sus trabajos geológicos mostraron siempre una vertiente geográfica destacada, de manera que se dio así una convergencia entre la perspectiva geológica y la geográfica que contribuyó al desarrollo actualizado, en el ámbito investigador, de los puntos de vista, incluidos los paisajísticos, de la geografía moderna.

Además, esos geólogos tuvieron en ocasiones una evolución que les introdujo de lleno en el campo de la geografía, siguiendo una trayectoria que les llevó, primero, desde la geología hasta la geografía física, y, después, hasta la geografía humana y regional. Es lo que sucedió en los casos de Dantín Cereceda y Carandell. Y ello supuso, entre otras cosas, el desarrollo investigador de una geografía con marcado fundamento naturalista que, a diferencia de otros planteamientos protagonizados en esos mismos momentos por los geógrafos «humanos» de las Escuelas de Magisterio y de las Facultades de Filosofía y Letras, prolongó el horizonte del paisajismo geográfico moderno, incorporando y desarrollando las claves valorativas que lo habían caracterizado desde tiempos de Humboldt. El núcleo de investigadores de la sección de Geología del Museo de Ciencias Naturales desempeñó así un papel importante en el desarrollo del paisajismo geográfico moderno, que conocieron tanto a través de la tradición iniciada por Humboldt y proseguida por otros geógrafos destacados, como a través de la tradición promovida en esa misma dirección, con su característico acento cultural, por el círculo gineriano e institucionista.

Las consideraciones paisajísticas de Lucas Fernández Navarro (1869-1930) y de Eduardo Hernández-Pacheco (1872-1965) son verdaderamente interesantes. Ambos permanecieron en el campo de la geología, y ambos mostraron un decidido interés por el paisaje, que vieron en todo momento adoptando las claves definitorias del paisajismo geográfico moderno. Fernández Navarro, catedrático de Cristalografía y de Mineralogía descriptiva de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, socio de honor de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, y consumado excursionista, ofreció en diversas

ocasiones sus visiones del paisaje, plasmadas siempre con viveza y expresividad, conectadas con sus investigaciones sobre la Sierra de Guadarrama y sobre las formaciones volcánicas de Canarias. Nunca perdió de vista la voluntad de aunar explicación y comprensión, ciencia y arte, al acercarse al paisaje. En una de sus conferencias en la Sociedad Peñalara, elocuentemente titulada "Razones geológicas del paisaje", señaló que las cualidades paisajísticas de la montaña que encantan y admiran al excursionista tienen una «explicación lógica y clara», directamente relacionada con la estructura y composición de las rocas. «El conocimiento de esta causa de las variadas formas del modelado –añadió– da un nuevo interés al paisaje de montaña, pues al que tiene para el artista o el simple contemplador por la estética diversidad de líneas, sombras y colores, se añade el que tiene para el geólogo y aun para los simples iniciados en el conocimiento científico de las rocas al explicarse por qué es así lo que sus ojos admiran». (García Bellido, 1921: 125).

Con sus investigaciones en tierras canarias se relacionan algunas imágenes paisajísticas notables, como, por ejemplo, la que dedica a la «vista espléndida del Teide, quizá la más interesante de este conjunto, accidentada de forma y rica de color», que se domina desde la Boca de Tauze, con su «serena impresión de grandeza», donde dice haber sentido con especial intensidad la «intima comunión con la montaña» (Fernández Navarro, 1918b: 70-71). Y su familiaridad –investigadora y excursionista– con la Sierra de Guadarrama se tradujo también en algunas valiosas imágenes de su paisaje, como las que dedicó en más de una ocasión al valle del Lozoya, con sus lugares de «belleza extraordinaria, no superada seguramente en punto alguno de la provincia» (Fernández Navarro, 1899: 59), en el que supo encontrar, encerrado en el marco «de ruda grandeza» de las montañas circundantes, «el más sonriente cuadro que pueda imaginarse», con «prados de ensueño, verdes tapices esmaltados de lirios amarillos y rojas orquídeas, separados unos de otros por cortinas de fresnos, sembrados acá y allá de alamedas» (Fernández Navarro,1918a: 83).

Eduardo Hernández-Pacheco, catedrático de Geología de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, también socio de honor, como Fernández Navarro, de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, y director de la sección de Geología del Museo Nacional de Ciencias Naturales, se mostró siempre interesado por el paisaje, manifestando en sus estudios la doble presencia de la perspectiva geográfica y de los puntos de vista de Giner y sus continuadores institucionistas. Él mismo inscribió sus consideraciones paisajísticas en la tradición iniciada por Humboldt –«el creador de la Geografía Física», en cuyos «maravillosos cuadros de la Naturaleza» tuvo

«un brillante surgir» el asunto del paisaje geográfico (Hernández-Pacheco, 1934: 9)– y prolongada después en España por los naturalistas que le precedieron.

A pesar de la intención manifestada en algunos de sus trabajos de ofrecer un tratamiento científico del paisaje, aplicándole el punto de vista «de las ciencias de la Naturaleza y, principalmente, en relación con la Geología y con la Fisiografía terrestre» (Hernández-Pacheco, 1934: 6), sus consideraciones paisajísticas manifiestan a menudo la presencia, junto a la científica o explicativa, de una mirada comprensiva que se adentra en el mundo de los valores y significados culturales. Y esto hace que su visión paisajística se aproxime mucho en ocasiones a la ofrecida en su momento por Giner, como sucede, por ejemplo, cuando habla del paisaje de Castilla, del que dice que «tiene su belleza especial, más emocionante que la de los paisajes higrófilos del Norte, y caracterizada por la amplitud de los horizontes», en el que domina «la nota de grandeza junto a la de austeridad y sobriedad en el detalle», y donde convergen «la sensación de soledad, rudeza y desolación» de los valles, la de «serenidad» de la campiña, y la de «grandiosidad y energía» de sus amplios páramos (Hernández-Pacheco, 1931: 339).

Hernández-Pacheco publicó en los años treinta, su *Síntesis fisiográfica y geológica de España*, una amplia y valiosa recopilación de los «paisajes geológico-geográficos» de España (Hernández-Pacheco, 1932-1934), acompañada además de una no menos valiosa colección de fotografías reali-zadas por el propio autor y su hijo Francisco, entonces jefe de la sección de Geografía física del Museo de Ciencias Naturales, que enriquecen iconográficamente la obra con un nutrido conjunto de imágenes de gran interés paisajístico (Mollá Ruiz-Gómez, 2012).

Y también en esos años, ofreció, en su discurso inaugural del curso 1934-35 en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, una serie de reflexiones teóricas sobre la caracterización general del paisaje natural, con una clasificación y caracterización de los grandes ámbitos paisajísticos de la Península Ibérica. Distingue, como es sabido, tres tipos de componentes o elementos del paisaje –fundamentales, complementarios y accesorios, entre los que incluye al hombre «en su aspecto etnográfico»–, analiza el distinto papel que cada uno de ellos desempeña en la caracterización final del mismo, y termina hablando de los grandes paisajes peninsulares, los de «las tres Hispanias», la silícea, la calcárea y la arcillosa, que se caracterizan «por la variedad y la diversidad, y, en general, por el armónico conjunto que en ellos presentan el roquedo y la vegetación», y también por su luminosidad: «el cielo limpio y luminoso: con luz en el roquedo, luz en la vegetación y luz en las alturas»

(Hernández-Pacheco, 1934: 39, 47 y 62). La de Hernández-Pacheco fue, sin duda, una aportación importante, ceñida a la consideración del paisaje natural, en la trayectoria del paisajismo geográfico español (Mollá Ruiz-Gómez, 2009).

Juan Dantín Cereceda (1881-1943) y Juan Carandell (1893-1937) participaron también en el desarrollo de esta corriente española del paisajismo geográfico. Formados como geólogos en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, discípulos de Hernández-Pacheco y de Fernández Navarro respectivamente, fueron catedráticos de Instituto, y llevaron a cabo investigaciones que fueron señalando su transición desde la dedicación fundamentalmente geológica de sus comienzos hasta la posterior inclinación hacia la geografía física y, finalmente, la humana y regional, manteniendo siempre, fieles a su formación, concepciones geográficas eminentemente naturalistas.

Dantín Cereceda mantuvo una relación estrecha con el mundo intelectual y científico vinculado a Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Además de la conexión con ese mundo derivada de su colaboración con el Museo de Ciencias Naturales, trató personalmente a Giner, participó también en algunos trabajos del Centro de Estudios Históricos, dependiente, como el Museo, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y fue durante tres años, entre 1919 y 1922, profesor en el Instituto-Escuela de Segunda Enseñanza, centro experimental igualmente ligado a la Junta. Tuvo además una pensión de esa Junta para realizar estudios de geología y geografía física, que le llevó, entre diciembre de 1913 y julio de 1914, a Lyon y a París, donde se relacionó con Vidal de la Blache y De Martonne, a quien desde entonces consideró su maestro.

La perspectiva de geografía física de De Martonne y su modo de entender y estudiar la región natural tuvieron una influencia notable sobre Dantín, y la tesis doctoral del primero sobre *La Valachie* se convirtió en un verdadero modelo para los primeros estudios geográficos de corte regional procedentes de los investigadores del Museo de Ciencias Naturales, entre los que se contaron tempranamente los del propio Dantín. Todo ello está conectado con la adscripción de su modo de entender el paisaje no sólo a la tradición geográfica moderna, sino también, al tiempo, a la proyección de esa perspectiva promovida por el círculo gineriano e institucionista.

Los estudios de Dantín se centraron fundamentalmente en la consideración de la región natural, lo que hace que el paisaje no ocupe en su obra un lugar tan destacado como en los trabajos geográficos de otros autores vinculados al Museo, como Hernández-Pacheco y Carandell. Adoptando un punto de vista similar al suscrito por los geógrafos franceses en este orden de cosas,

Dantín encuentra una relación directa entre la región natural y el paisaje, igualmente natural, que se concreta en entender el segundo como expresión visible de la primera. Al igual que la región natural, el paisaje sintetiza y expresa, según Dantín, la honda solidaridad de todos los elementos, físicos y humanos, de la realidad geográfica. Cuando habla del «paisaje septentrional» de España, por ejemplo, con su «frondoso bosque boreal, en un todo semejante al de la Europa media», y con su «prado natural, húmedo, blando, fragante, verde todo el año», se pregunta: «¿Quién no acierta a percibir la íntima y callada correlación entre la niebla perlina, la vaca mansa, el maizal estremecido y la tonada sosegada, melódica, expresión serena del ritmo interior y hondura espiritual del paisaje?» (Dantín Cereceda, 1919: 29).

Juan Carandell mostró a lo largo de su obra un gran interés por el paisaje. Conviene recordar que Carandell estuvo decisivamente influido por Francisco Giner, y que, teniendo en cuenta su personalidad y su dedicación, incluyendo la relacionada con las excursiones y el paisaje, fue un modelo casi perfecto de intelectual institucionista (García García, López Ontiveros y Naranjo Ramírez, 2007: 119-121). Esa influencia no debió ser ajena al gran interés paisajístico que mostró Carandell a lo largo de su obra. En alguna ocasión, elogió la labor de Giner, que había sabido entender cabalmente la conexión del paisaje con las condiciones naturales y con las características de los grupos humanos (Carandell, 1992: 355). El paisajismo de Carandell se inscribió plenamente en la tradición geográfica humboldtiana e incorporó también el acento cultural de la perspectiva promovida por Giner. Y no sólo prestó atención al paisaje en alto grado, sino que lo hizo, además, con una muy notable calidad literaria y gráfica, posibilitada por su formación humanística, que se añadió a la naturalista, sus dotes de dibujante y sus variadas curiosidades intelectuales.

Son muchos los textos que recogen la visión paisajística de Carandell, traducida tanto en imágenes escritas, literarias, como en representaciones gráficas, en dibujos directamente relacionados con los paisajes descritos en cada caso. Su obra final, la monografía sobre *El Bajo Ampurdán*, publicada póstumamente en 1942, con sus numerosos dibujos sobre los paisajes considerados, aporta, en este sentido, un acabado ejemplo. Y también resulta particularmente expresivo de su modo de entender y valorar el paisaje su discurso de ingreso, en abril de 1930, en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, dedicado al paisaje geográfico andaluz. En él se refirió a sus «ansias de paisaje», y, tras mencionar, recordando a Giner, su doble vertiente natural y humana, recorrió las manifestaciones más destacadas del paisaje de Andalucía.

El paisaje de Sierra Nevada ocupó un lugar destacado en el discurso de Carandell. Fue uno de sus paisajes preferidos, y esa preferencia, que traducía una atracción personal fundada en los «excelsos valores paisajísticos y panorámicos» del lugar, aparece además relacionada, como advirtieron certeramente Antonio López Ontiveros y José Naranjo, con su adscripción institucionista: «Sierra Nevada –escriben– es el epítome del naturalismo andaluz durante el siglo XIX y principios del XX, sólo comparable a la Sierra de Guadarrama, y lugar preferido del peregrinaje excursionista para muchos institucionistas, lo que favoreció esa preferencia de Carandell, pues participó en ambos movimientos científicos e intelectuales». (García García, López Ontiveros y Naranjo Ramírez, 2007: 273). Es, en palabras del propio Carandell, «la majestuosa Sierra Nevada», cuyas culminaciones, el Mulhacén y el Veleta, pueden ser consideradas indistintamente el «Montblanc de España». La imagen que ofrece de ese paisaje desde el Picacho de Veleta es una muy lograda muestra de su visión paisajística, en la que no faltan los componentes históricos y culturales. Desde allí se ven «imponentes tajos» que traducen «colosales fracturas», y se ven también lagunas con flotantes «témpanos de hielo verdosos como esmeraldas», en las que «todavía parece reflejarse por la noche el espíritu de Muley Hacén, padre de Boabdil». Allí puede sentirse la «voluptuosidad de saborear el paisaje más amplio y sintético de Andalucía» (Carandell, 1992: 362-364).

Los geólogos y geógrafos mencionados –Fernández Navarro, Hernández-Pacheco, Dantín Cereceda, Carandell–, vinculados a la sección de Geología del Museo Nacional de Ciencias Naturales, contribuyeron de modo notable, en suma, a prolongar en España la tradición del paisajismo geográfico moderno. Tras la aportación geográfica realizada en ese sentido por Torres Campos, y continuando y ampliando el camino iniciado por los naturalistas anteriores –Macpherson, Calderón, Quiroga–, llevaron a cabo una labor paisajística importante, deudora no sólo de la perspectiva inicialmente conformada por Humboldt, sino también del horizonte plasmado por Giner al incorporar algunos años antes esa perspectiva. Estos investigadores, profesores de las Facultades de Ciencias y de Instituto, cuyos trabajos se adentraron progresivamente en el terreno de la geografía física y después, en algunos casos, sin abandonar la óptica naturalista, en los de la geografía humana y regional, adoptaron los puntos de vista del paisajismo geográfico moderno e impulsaron con ellos decididamente el estudio y la valoración del paisaje español.

El paisajismo geográfico de Manuel de Terán

Después de trazar la trayectoria anteriormente descrita, el paisajismo geográfico moderno de ascendencia humboldtiana se prolongó y se reforzó en España, tras la última guerra civil, en la obra de Manuel de Terán, protagonista en buena medida de la conformación de la geografía universitaria española y fundador de una notable escuela de geógrafos. Dejando aquí de lado otros aspectos de su obra geográfica, vamos a referirnos exclusivamente a su labor directamente conectada con el modo de entender el paisaje. Confluyeron en Terán las dos tradiciones paisajísticas que estamos considerando: por una parte, la tradición más propiamente geográfica, procedente de Humboldt y prolongada por otros geógrafos que desarrollaron su legado paisajístico a lo largo del siglo XIX y de la primera mitad del XX, y, por otra, la tradición derivada de Francisco Giner, directamente deudora de la primera, con su marcada dimensión cultural. A diferencia de los geógrafos precedentes vinculados al Museo de Ciencias Naturales, la formación de Terán fue de carácter humanista. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y, por mediación de Claudio Sánchez Albornoz, entró en el Instituto-Escuela.

Estuvo allí siete años, desde el curso 1923-24 hasta el curso 1929-30, como «aspirante al Magisterio secundario», en la sección de Geografía e Historia, y en esos años realizó su tesis doctoral en el ámbito de la historia del arte, dirigida por Manuel Gómez-Moreno, y ganó, en 1930, la cátedra de Historia y Geografía del Instituto de Calatayud. Tras un año en este destino, volvió al Instituto-Escuela, ahora como catedrático agregado de Historia y Geografía, en octubre de 1931, y siguió allí hasta el curso 1935-36, el último del centro. La larga estancia de Terán en el Instituto-Escuela fue importante desde distintos puntos de vista. Allí se formó como profesor, incorporando los renovados métodos educativos de cuño institucionista practicados por el centro, y allí pudo conocer además el fundamento de esa práctica: el horizonte intelectual y cultural de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza y, más concretamente, respecto de lo que aquí nos interesa tener en cuenta, su modo de entender las excursiones y valorar el paisaje (Ortega Cantero, 2007).

A través del Instituto-Escuela se puso Terán en contacto con la perspectiva educativa e intelectual institucionista, y con la tradición paisajística de ascendencia gineriana asociada a esa perspectiva. Y no conviene olvidar su particular conexión con Antonio Machado y Ortega y Gasset, herederos ambos del paisajismo gineriano, de quienes dijo que fueron «los dos grandes maestros

extrauniversitarios» que había tenido, los que habían «moldeado» su pensamiento y habían «forjado, templado y afinado» su sensibilidad (Terán, 1976: 131).

A todo ello se añadió su conocimiento de la tradición geográfica moderna y, en particular, de los planteamientos promovidos, desde principios de siglo, por la escuela francesa, con sus influyentes orientaciones regionales y paisajísticas. Mientras desarrollaba su labor como catedrático agregado del Instituto-Escuela, obtuvo, en 1933, una pensión de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que le permitió desplazarse a París, donde mejoró sus conocimientos geográficos, a través de diversas consultas bibliográficas, y se puso en contacto con algunos de los más destacados exponentes de la escuela francesa de geografía. El principal interés de Terán en su estancia en París se centró en el terreno de la geografía humana, y con ello tuvo que ver la relación que inició entonces con Albert Demangeon. Esa estancia le permitió acercarse personalmente a uno de los núcleos entonces más activos e influyentes de la tradición geográfica moderna y a su dedicación paisajística.

En ese doble bagaje intelectual, emparentado, por un lado, con Giner y el institucionismo, y, por otro, con la geografía moderna, se apoyó la labor de Terán posterior a la guerra civil, principalmente desarrollada en la Universidad de Madrid, donde fue catedrático de Geografía desde 1951, y en el Instituto Juan Sebastián Elcano del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del que fue primero secretario y después vicedirector y director. La obra de Terán se distanció de las aportaciones de los geógrafos inmediatamente anteriores –Dantín Cereceda, Carandell–, apoyadas en todo momento, como vimos, en la perspectiva de la geografía física, y promovió un enfoque de distinto signo, que incorporó los planteamientos de la renovada geografía humana ofrecidos por Vidal de la Blache y sus seguidores de la escuela francesa. Contribuyó así Terán decisivamente a la transición en España entre una concepción eminentemente naturalista de la geografía a otra de corte decididamente humanista. Si De Martonne había sido la figura más influyente para los geólogos y geógrafos vinculados, en el primer tercio del siglo XX, al Museo de Ciencias Naturales, ahora, en el caso de Terán, las influencias procedían de los geógrafos –Brunhes, Sorre, Demangeon, Le Lannou– que habían iniciado en Francia, siguiendo los pasos de Vidal de la Blache, el camino de una geografía humana renovada, distanciada de la visión naturalista que había presidido su desarrollo a lo largo del siglo XIX, hasta llegar a Ratzel.

Este cambio de orientación se tradujo también en el terreno paisajístico. Si antes se había entendido el paisaje como paisaje natural, ahora, en el hori-

zonte de la nueva geografía humana, se comienza a hablar de otro tipo de paisajes, los humanizados, cuya organización depende principalmente, sin negar las influencias naturales, de factores humanos de diversa índole. Y en esta perspectiva se inscribe el paisajismo de Terán. Hablando de los Montes de Pas, por ejemplo, señaló expresamente que su personalidad y su delimitación dependían «en mayor grado de las condiciones humanas que de los factores físicos» (Terán, 1947: 496). Y en otra ocasión dijo, a propósito de la personalidad geográfica de España, que había sido el hombre quien, «en siglos de historia, de afanes y trabajos, sueño y pensamiento», había convertido el medio natural en «paisaje de cultura». De ese modo se había llevado a cabo «la humanización de las formas del paisaje natural». Porque el de la Península era, añadió, un «paisaje amasado de tierra, y cultura: olivo centenario cuya raigambre se nutre de la hondura de la tierra y cuyo tronco y hojas han modelado ciclos de vientos y soles, de afanes y humana sabiduría» (Terán, 1949: 3, 9 y 13).

Terán definió la geografía como «ciencia del paisaje» (Terán, 1960: XXIX), y el punto de vista paisajístico ocupó un lugar destacado en su obra geográfica. En su modo de entender el paisaje se dieron la mano la tradición humboldtiana y la tradición gineriana, y a la presencia simultánea de esas dos perspectivas se debe sin duda la prolongación y el afianzamiento en su obra de la peculiar convergencia del punto de vista geográfico y de la mirada cultural –de la geografía y la cultura, en suma– que constituye una de las características más valiosas y originales del paisajismo geográfico español moderno heredero de Humboldt, desde sus comienzos con Rafael Torres Campos. La denominación misma de «paisaje de cultura» utilizada por Terán resulta bastante elocuente en ese sentido. Y sus consideraciones paisajísticas, referidas a diversos paisajes rurales y urbanos, muestran con claridad la convergencia continua de las dos intenciones –geográfica y cultural– que las animan.

Sus primeros trabajos de geografía urbana resultan sumamente elocuentes respecto de esa doble atención. «Para el geógrafo –escribió, por ejemplo, Terán, en uno de esos trabajos–, la ciudad es un paisaje», en el que se traduce su «poder de transformación de las condiciones naturales primitivas». En la ciudad hay «algo que se refiere a un modo íntimo y especial de entender la existencia y que encuentra expresión en sus caracteres externos, en la forma, color y fisonomía del paisaje urbano» (Terán, 1936: 99-100). Y advirtió también que «la historia de la ciudad no adquiere categoría de hecho geográfico hasta que directa o indirectamente se expresa en el suelo y contribuye a la creación del paisaje urbano», y añadió, en consonancia con ello, que «la tarea más fina y sutil del geógrafo de la ciudad consiste en interpretar el paisaje urbano, desentrañar el más profundo sentido de sus rasgos fisonómicos, captar

la intimidad psicológica de la ciudad» (Terán, 1942: 171 y 179). Y el texto que sigue, con sus distinciones paisajísticas y su imbricación de las perspectivas geográfica y cultural, es asimismo un ejemplo elocuente de lo que estamos señalando:

> Calatayud, Daroca y Albarracín son tres bellos ejemplos de ciudades aragonesas, formas expresivas de un paisaje y una cultura. La pequeña aldea es toda ella paisaje natural; la aldea de los Monegros, con sus casas de adobe, los pueblecitos del Pirineo aragonés apenas modifican el color y la línea del llano o la montaña. Por el contrario, la gran ciudad de tipo moderno llega a la creación de formas completamente distintas de las del medio natural. Entre ambos extremos, la pequeña ciudad es un equilibrio de naturaleza y espíritu, una armoniosa síntesis de alma y paisaje. Tal es el caso de las tres ciudades aragonesas, exponentes de un agrio y rudo paisaje y de un pueblo que guarda aún intactas reservas de arcaicas y sólidas virtudes ibéricas. (Terán, 1942: 163).

Los textos paisajísticos de Terán expresivos de su simultánea conexión con los dos horizontes señalados, el geográfico y el cultural, podrían multiplicarse con relativa facilidad, pero basten los incluidos para ilustrar esa caracterización dual. Terán heredó al tiempo la perspectiva de Humboldt y la de Giner, y en esa doble herencia se apoya en buena medida el valor y el interés –geográfico y cultural– de su modo de acercarse al paisaje y valorarlo. Y nada mejor, para concluir esta caracterización del paisajismo de Terán, que traer a colación un texto suyo tardío sobre la Sierra de Guadarrama que, sin ceñirse a los límites de lo convencionalmente geográfico, ofrece una valoración de ese paisaje montañoso que incorpora y prolonga modélicamente las claves de su visión geográfica y cultural. La mirada geográfica, atenta a la descripción explicativa de sus formas naturales, y la mirada cultural, que se adentra en las cualidades y los significados de esas formas, se compenetran acabadamente en este texto, de notable calidad literaria, en el que no es difícil percibir no solo el eco de la voz del institucionismo, sino también, al tiempo, la de quienes, como los escritores de la generación del 98 y Ortega, prolongaron esa voz a través de sus propias valoraciones del paisaje castellano y guadarrameño. El párrafo que sigue, con el que concluye el texto, es una buena muestra de esa visión del Guadarrama ofrecida por Terán:

> Ahora, de cumbre en cumbre, en porfiado tanteo de luces y distancias, en sucesión alternada de lejanías integradoras y apretado cerco de distingos, volvemos a recuperar la unidad de la montaña, que se hace montaña como el bosque se hace bosque, cuando los árboles se eslabonan y trenzan en una trama de expresión unitaria. La montaña adquiere consistencia y volumen: un prisma gigante de granito, mordido por las aguas y los hielos, plantado sobre un plinto, con su pie enterrado

> en las arenas. Un monolito de sana pujanza y fortaleza, con sencillez de rima de romance y formas de elemental geometría, partiendo aguas y cielos, decretando en torno suyo sosegada horizontalidad de paisajes, fidelidad y disciplina de cosechas, soledad de páramos ermitaños, vida surcada de sol a sol con techo de estrellas, duración y entrañamiento, inocente y segura confianza de las cosas en las fuerzas que ordenan y protegen el mundo. (Terán, 1984: 696).

Con Terán culmina, en fin, la trayectoria del paisajismo geográfico español de ascendencia humboldtiana. Una trayectoria que comenzó con el artículo de Francisco Giner publicado en 1886, y que se prolongó y desarrolló después, dentro del ámbito naturalista y geográfico, en los decenios finales del siglo XIX, a través de las aportaciones del geógrafo Torres Campos, y más tarde, ya en el primer tercio del siglo siguiente, de los trabajos de los geólogos y geógrafos físicos vinculados al Museo Nacional de Ciencias Naturales. Esa trayectoria, heredera de la perspectiva paisajística de Humboldt y de la versión de esa perspectiva promovida por Giner, es la que llega hasta Manuel de Terán, quien la prolonga y ahonda en sus estudios y la dota, dentro ya del ámbito de la geografía universitaria que él contribuyó decisivamente a vertebrar, de una entidad y un alcance desconocidos hasta entonces. Y a través de Terán, en fin, ese paisajismo geográfico, incorporado a las investigaciones universitarias llevadas a cabo desde mediados del siglo pasado, llegó a sus discípulos, que en algunos casos siguieron desarrollando coherentemente ese modo, humboldtiano y gineriano al tiempo, de entender el paisaje.

BIBLIOGRAFÍA

Carandell, J. (1992): "Andalucía: ensayo geográfico" [1930], *Estudios Regionales*, 32, pp. 351-372.

Dantín Cereceda, J. (1919): "Las regiones naturales de España", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLIII, pp. 25-30.

Fernández Navarro, L. (1899): "Excursiones por los alrededores de Lozoya (Madrid)", *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XXVIII, *Actas*, pp. 59-68.

Fernández Navarro, L. (1918a): "El Valle del Lozoya", *Heraldo Deportivo*, 103, pp. 83-88.

Fernández Navarro, L. (1918b): "En la Boca de Tauze (Hojas de mi diario)", *Peñalara*, 51, pp. 69-71.

García Bellido, J. (1921): "Razones geológicas del paisaje" (Resumen de la conferencia de Lucas Fernández Navarro), *Peñalara*, 90, pp. 125-127.

García García, J., López Ontiveros, A. y Naranjo Ramírez, J. (2007): *Vida y obra del geólogo y geógrafo Juan Carandell Pericay (1893-1937)*, Córdoba, Diputación de Córdoba y Universidad de Córdoba, 598 pp.

Hernández-Pacheco, E. (1931): "Fisiografía e historia geológica de la altiplanicie de Castilla la Vieja", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, LV, pp. 297-302 y 337-341.

Hernández-Pacheco, E. (1932-1934): *Síntesis fisiográfica y geológica de España*, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 2 fascículos, 586 pp.

Hernández-Pacheco, E. (1934): *El paisaje en general y las características del paisaje hispano*, Madrid, Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 64 pp.

López-Morillas, J. (1988): *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza, 144 pp.

Macpherson, J. (1880): "Predominio de la estructura uniclinal en la Península Ibérica", *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, IX, pp. 465-494.

Macpherson, J. (1883): "Sucesión estratigráfica de los terrenos arcaicos de España", *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XII, pp. 341-378.

Martínez de Pisón, E. (2012): *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*, Madrid, Fórcola, 203 pp.

Mollá Ruiz-Gómez, M. (2009): "Las características de los paisajes españoles según Eduardo Hernández-Pacheco", en F. Pillet Capdepón, M. C. Cañizares Ruiz y A. R. Ruiz Pulpón (coords.), *Geografía, territorio y paisaje: el estado de la cuestión*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 1231-1245.

Mollá Ruiz-Gómez, M. (2012): "Eduardo Hernández-Pacheco y el papel de la fotografía en sus representaciones del paisaje", *Cuadernos Geográficos*, 51, pp. 53-77.

Ortega Cantero, N. (2007): "Manuel de Terán y el Instituto-Escuela", en E. Martínez de Pisón y N. Ortega Cantero (eds.), *Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes, pp. 55-75.

Ortega Cantero, N. (2010): "El lugar del paisaje en la geografía moderna", *Estudios Geográficos*, 269, pp. 367-393.

Ortega Cantero, N. (2014a): "Paisaje, patrimonio e identidad en la conformación de la primera política turística española", *Ería*, 93, pp. 27-42.

Ortega Cantero, N. (2014b): "Montañismo y valoración del paisaje: la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara (1913-1936)", *Ería*, 95, pp. 253-279.

Ortega Cantero, N. y García Álvarez, J. (2006): "La visión de España en la obra de Reclus: imagen geográfica y proyección política y cultural", *Ería*, 69, pp. 35-56.

Quiroga, F. (1893): "Excursión geológica a Robledo de Chavela", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVII, pp. 39-43.

Terán, M. de (1936): "Baja Andalucía", *Revista de Occidente*, CLVII, pp. 73-110.

Terán, M. de (1942): "Calatayud, Daroca y Albarracín. Notas de Geografía urbana", *Estudios Geográficos*, 6, pp. 163-202.

Terán, M. de (1947): "Vaqueros y cabañas en los Montes de Pas", *Estudios Geográficos*, 28, pp. 493-536, 1 mapa, 6 hojas de fotografías.

Terán, M. de (1949): "La genialidad geográfica de la Península Ibérica", en P. Vidal de

la Blache y L. Gallois (dirs.), *Geografía universal. Tomo IX. Península Ibérica*, Barcelona, Montaner y Simón, pp. 3-13.

Terán, M. de (1960): "La situación actual de la Geografía y las posibilidades de su futuro", en *Enciclopedia Labor. Tomo IV. El hombre y la Tierra,* Barcelona, Labor, pp. XXIII-XXXIX.

Terán, M. de (1976): "Los años de aprendizaje de Antonio Machado (Su relación con la Institución Libre de Enseñanza)", en H. Carpintero y otros, *Antonio Machado y Soria. Homenaje en el primer centenario de su nacimiento*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 129-147.

Terán, M. de (1984): "Hojas de herbario y otras cosas", en *Homenaje a Julián Marías*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 681-699.

Torres Campos, R. (1893): "La enseñanza y el material de la Geografía en la Exposición de Berna", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVII, pp. 293-297 y 327-334.

Torres Campos, R. (1895a): "Recuerdos de la montaña", en R. Torres Campos, *Estudios geográficos*, Madrid, Fortanet, pp. 417-431.

Torres Campos, R. (1895b): "Un viaje al Pirineo", en R. Torres Campos, *Estudios geográficos*, Madrid, Fortanet, pp. 433-470.

Torres Campos, R. (1904): "Los pueblos del Asia", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXVIII, pp. 25-32 y 80-86.

Fecha de recepción: 22 de enero de 2015.
Fecha de aceptación: 20 de mayo de 2015.